

CANTO RODADO
ANA GAITERO

FUEGO

Cuatro lenguas de fuego devoraban Portugal mientras en Londres la gente desalojada por el incendio en la torre Grenfell buscaba un refugio; un lugar donde sentarse y descansar. El cambio climático y la codicia de los ricos se dieron la mano con llamas en las vísperas del solsticio de verano que las culturas mediterráneas celebramos con hogueras en honor a San Juan, el Bautista.

¡Qué lejos queda ya aquella hoguera de la calle Vista Alegre! Y qué cerca su recuerdo y la pasión con que vivíamos el fuego. El embelesamiento alrededor de las llamas. La magia del círculo que cerrábamos con juegos y una taza de chocolate. Era como respirar el tiempo infinito y avivar las ascuas de la infancia galopando hacia la juventud.

Fuego. Aire. Tierra. Agua. Los cuatro elementos que por mucho que avance la tecnología no podrán sustituir a la vida. Por más que se empeñen quienes reemplazan seres humanos por máquinas, no para hacernos más libres sino para aumentar la cuenta de beneficios.

Y sin embargo, ¡cuánta gente piensa y trabaja para que no suceda lo irremediable! ¡Cuántas personas que hacen del optimismo y el esfuerzo una apuesta por la vida presente y futura! Una jugada maestra a favor del planeta y de los seres que lo habitan. Lo hacen, en muchos casos desde la diáspora, desde el anonimato y el silencio.

Mientras se ovaciona a las estrellas del universo que defraudan a Hacienda al robar nuestro dinero evadiendo impuestos, la entrega de los premios Innova de Diario de León fue una demostración de ese espíritu de la gente que conspira a favor del bien común. De personas, científicas y humanistas, que se levantan cada mañana —muchas después de muy pocas horas de sueño— con el firme propósito de superarse y aportar su granito de arena al tiempo que les ha tocado vivir.

Escuchar sus palabras, intentar ganar los 200 puntos que nos ofrecía el



MIENTRAS LAS
ESTRELLAS DEL
UNIVERSO DEFRAUDAN
A HACIENDA, HAY
GENTE QUE BRILLA
LEJOS DE ESPAÑA
CONSPIRANDO POR EL
BIEN COMÚN

profesor de Filosofía a cambio de atención, bienpreciado en el mundo de la dispersión digital, resultó ser una dosis inesperada de alegría. La suficiente como para contemplar León desde una azotea con una sonrisa y la esperanza de que no nos sepulte la ceniza por falta de medidas para afrontar los retos que plantea el siglo XXI: rebajar las desigualdades y gestionar el medio ambiente con la conciencia de que todo lo que hacemos tiene consecuencias sobre la Tierra.

El bien y el mal

Dicen que en las hogueras de San Juan hay que quemar todo lo malo, y al mismo tiempo prender los deseos a las llamas y lograr que se conviertan en ascuas que se funden como estrellas fugaces con la noche más corta del año.

En la hoguera de este solsticio, la que contemplamos extinguirse en su propio fuego a la orilla del Cantábrico, me preguntaba si realmente existen el bien y el mal en estado puro. El fuego es bueno y es malo al mismo tiempo. Quema y purifica.

Puede que el bien y el mal sea tan sólo sean una invención para mantener los dos bandos eternos que siempre benefician a los mismos. Una manzana envenenada. Mientras el planeta se va a la mierda. Y aquí, en este país cainita, a alguien le interesa el dilema de las dos Españas. De los buenos y los malos. Que son buenos aquí y malos allí y viceversa. El eterno problema catalán forma parte de ese juego de buenos y malos. De ese fuego que vomita cenizas sobre la verdadera realidad social de Cataluña y de España.

El perverso juego de las dos Españas tiene éxito en este país que reiventa diablos con la misma furia que una hydra recompone sus cabezas. Ahora el diablo se llama estado plurinacional. Se culpa a Evo Morales del engendro. Y lo cierto es que Bolivia dio carpetazo al problema secesionista de Santa Cruz de la Sierra.

VANESSA
CARREÑO

MARIONETAS

Alguna vez ha sentido miedo a que los demás dejen de quererle? ¿A que no aprueben lo que hace? ¿A que le critiquen? Si es así habrá dejado de ser usted mismo muchas veces, con tal de gustar a los demás.

La búsqueda de aprobación es una trampa sin fin. Puede que se manifieste en forma de hacer algo que no quiere hacer, de callarse sus opiniones, de no decir lo que le molesta, de aparentar ser quien no es... Sea como sea, es una falta de respeto a usted mismo que sólo le traerá rencor y culpa por sentir que se está traicionando una y otra vez.

Es curioso, pero en estos casos la falta de autoestima es la causa y a la vez la consecuencia. Porque si vivimos desde la necesidad de que nos quieran y nos acepten, por encima de la necesidad de ser nosotros mismos y tomar nuestras propias decisiones, nos convertimos en marionetas en manos de los demás. Y no hay amor propio que resista eso.

Y por supuesto que a todos nos gusta gustar, no vamos a negarlo. La diferencia es que, a pesar de ese deseo, es-



té viviendo su vida como usted quiere vivirla o la viva pensando en los demás más que en usted.

Son muchas las personas que piensan que para un adulto es absolutamente necesario tener el cariño y la aprobación de su familia y amigos. Recuerdo a una cliente que llevaba años quedando con sus amigas los sábados por la mañana. Hacía tiempo que no le apetecía, pero seguía yendo como una obligación que había que cumplir para evitar lo que esas amigas pudieran decir de ella si no iba. Hasta que se dio cuenta de que le estaba dando más importancia a la opinión que los demás tuvieran de ella que a la suya propia. Y por fin dejó de ir a la reunión de los sábados.

Todos, en algún momento, hacemos cosas para gustar a los demás. Pero cuando eso se repite día tras día, cuando enterramos nuestros deseos y nuestras necesidades por complacer a otros, terminamos viviendo vidas ajenas y carentes de ilusión. Porque nos falta amor propio y nos sobra mucho miedo. Y así, sin darnos cuenta, es como nos convertimos en marionetas.

www.coachingtobe.es



SOLIDARIDAD DE LOS QUE MENOS TIENEN

ROSA VILLACASTÍN

Hace unos días, comiendo en El Ancla, restaurante de moda de Marbella, me llamó la atención el corte de pelo de uno de los camareros que nos estaba sirviendo: rapado por los lados y muy voluminoso por el centro formando casi una «ensaimada». Era tan llamativo el look que le pregunté por qué no se lo cortaba. Esta fue su respuesta: Todavía me tiene que crecer un poco porque yo dono mi pelo para que puedan hacerse pelucas las mujeres que padecen cáncer y no tienen medios para comprarse una.

Santiago Veintinilla Valle, es ecuatoriano de nacimiento y auxiliar de enfermería, trabajo que compatibiliza en verano con el de camarero en un restaurante donde su padre fue aparcacoches durante años y aho-

ra vende loterías por la calle. Una familia, como hay muchas, que llegó a España con lo puesto, a cuyos hijos han educado con los valores tradicionales: esfuerzo, respeto, solidaridad. Palabras tan manidas que a veces olvidamos lo importantes que son, por más que se utilicen poco, o al menos no lo hagan quienes tienen la obligación de hacerlo. No así por quienes saben, como Santiago, lo que es llegar a un país con lo puesto pero llenos de ilusión, con ganas de trabajar para conseguir vivir un poco mejor de como vivían en sus países de origen.

Que un chico tan joven como él, piense en donar su pelo —lo hace toda la familia— a aquellas mujeres que no tienen dinero para hacerse una peluca, es toda una lección de vida. Un ejemplo de lo que deberíamos hacer cada uno de nosotros, en una época en la que lo que prima es la fal-

ta de escrúpulos, la obsesión por el dinero y el poder.

Esta semana se han manifestado en nuestro país miles de personas contra la política del gobierno de Rajoy por ralentizar la acogida de refugiados, incumpliendo así lo acordado en Bruselas, de que cada país de la Unión Europea tenía que hacerse cargo de X refugiados. Nosotros, de 16.000 que tampoco son tantos si, como solicitan algunos ayuntamientos, se reparten por todo el territorio nacional. El drama es tan salvaje que la Comisión Española de Ayuda al Refugiado insta, a todo aquel que quiera participar, a crear un asiento virtual, para cedérselo simbólicamente a un refugiado. AQue todo esto ocurra ante la indiferencia de quienes pudiendo hacer algo, no lo hacen, demuestra el grado de desafección al que hemos llegado.